

EL ASCENSO DE LAS SOMBRAS

Relatos clásicos de lo siniestro



minotauro

EL
ASCENSO
DE LAS
SOMBRA

Relatos clásicos de lo siniestro

ILUSTRACIONES DE
ALBERTO PEZ

minotauro

El Vampiro

JOHN WILLIAM POLIDORI



Este episodio sucedió durante los festejos que se organizaban durante un invierno muy crudo en la ciudad de Londres. En esas fiestas que daban los personajes más importantes de la vida nocturna y diurna de la capital inglesa, apareció un noble, que llamaba más la atención por sus peculiaridades que por su rango.

El sujeto miraba a su alrededor como si él no estuviera participando del jolgorio general. Parecía que solo atraían su atención las risas de los demás, como si pudiera acallarlas a voluntad y asustar a todos aquellos seres para los cuales reinaban la alegría y la despreocupación. Los que experimentaban esta sensación de temor no podían explicar cuál era su causa. Muchos la atribuían a esa mirada gris y fija, capaz de penetrar hasta lo más hondo de una conciencia, hasta lo más profundo de un corazón. Pero lo cierto era que la mirada recaía sobre la mejilla con un rayo de plomo que dejaba sentir su peso sobre la piel que no lograba atravesar.

Las excentricidades del personaje hacían que fuera invitado a las principales mansiones de la capital. Todos deseaban verlo. Los que estaban acostumbrados a la excitación violenta y experimentaban la melancolía del aburrimiento, el peso del *ennui*, se sentían sumamente contentos de estar junto a un sujeto capaz de atraer la atención de manera intensa.

Su semblante tenía un tono lívido, mortal. Jamás se coloreaba con un tinte rosado, ni por el rubor de la modestia ni por la fuerte emoción de la pasión; sin embargo, sus facciones y su perfil eran bellos. Muchas

damas, de esas que andan siempre en busca de notoriedad, trataban de conquistar sus atenciones y conseguir al menos algunas señales de afecto de este visitante. Lady Mercer, que había sido la burla de todos por la cantidad de hombres con los que se exhibía y a los que arrastraba a sus alcobas privadas después de su casamiento, se interpuso en su paso e hizo lo imposible para llamar su atención... pero en vano. Aunque en apariencia los ojos del misterioso personaje se clavaban fijamente en ella cuando Lady Mercer estaba frente a él, en verdad ni siquiera se daba cuenta de su presencia. Hasta su imprudencia parecía pasar inadvertida a los ojos del caballero, por lo que, cansada de fracasar, la muchacha abandonó la contienda.

Aunque esas adúlteras vulgares no lograban torcer la dirección de aquella mirada masculina, el noble no era indiferente al bello sexo. Sin embargo, esta se dirigía con tal cautela tanto a la esposa virtuosa como a la hija inocente que muy pocos suponían que realmente le gustaba hablar con las mujeres.

Aun así, pronto se ganó la fama de poseer una locuacidad meritoria. Tal vez fuera porque las virtudes de su verborragia superaban el temor que inspiraba aquel carácter tan singular. O acaso porque las damas se quedaban perturbadas ante su aparente odio al vicio. Lo cierto es que el caballero no tardó en contar con una hueste de admiradoras, tanto entre esas mujeres que se ufanaban de la feminidad enarbolando sus virtudes domésticas como entre las que manchaban el buen nombre del género con sus faltas.

Por esa misma época, un joven llamado Aubrey llegó a Londres. Era huérfano, con una única hermana que poseía una fortuna más que respetable, porque sus padres habían fallecido cuando él era niño todavía.

Sus tutores lo habían abandonado a su suerte, ya que pensaban que su deber solo consistía en cuidar de su fortuna; por lo tanto, derivaban aspectos más importantes de su educación en manos de personas subalternas. Por eso, Aubrey cultivó más su imaginación que su buen juicio. En consecuencia, solía alimentar los sentimientos románticos del honor y el candor, esos que diariamente arruinan a tantos jóvenes inocentes.

Aubrey creía en la virtud y pensaba que el vicio era consentido por la Providencia solo como un contraste de ella misma, tal como se lee en

las novelas. Consideraba que la desgracia de una casa consistía tan solo en los cortinados, que la mantenían cálida, aunque, a su juicio, siempre se adaptaban mejor a los ojos de un pintor gracias al desarreglo de sus pliegues y a los diversos manchones de pintura.

Creía, en suma, que los sueños de los poetas eran las realidades de la existencia.

Aubrey era sincero, rico y atractivo. Por tales razones, tras su ingreso en los círculos más divertidos de la ciudad, lo rodearon y persiguieron muchas mujeres, con hijastras casaderas, y muchas esposas en busca de pasatiempos extraconyugales. Tanto las hijas como las esposas infieles pronto opinaron que era un joven de gran talento, por sus ojos brillantes y sus sensuales labios.

Inmerso en el romance de sus solitarias horas, Aubrey se sobresaltó al descubrir que, excepto en las llamas de las velas, que chisporroteaban no por la presencia de un duende sino por las corrientes de aire, en la vida real no existía la menor base para las tonterías románticas de las novelas, de las que había extraído sus pretendidos conocimientos.

No obstante, encontró cierta compensación a su vanidad satisfecha. Estaba a punto de abandonar sus sueños cuando el extraordinario ser antes mencionado y descrito se cruzó en su camino. Lo examinó con atención. Le resultó imposible formarse una idea del carácter de un hombre tan completamente absorto en sí mismo, de un hombre que parecía no observar los objetos externos a él. Aparte del reconocimiento tácito de su existencia, manifestado en su tendencia a evitar el contacto con él, dejaba que su imaginación ideara todo aquello que halagaba su propensión a las ideas extravagantes. Aubrey pronto convirtió a ese ser en el héroe de un romance. Y decidió observar a aquel retoño de su fantasía más que al personaje en sí mismo.

Se hizo amigo de él, le brindó algunas atenciones y logró hacerse notar por el misterioso caballero. Su presencia acabó por ser reconocida.

Gradualmente, se fue enterando de que Lord Ruthven tenía unos asuntos algo embrollados, y no tardó en averiguar, por lo que se comentaba en la calle, que estaba a punto de emprender un viaje.

Como quería obtener más información con respecto a esa criatura tan peculiar, que hasta entonces solo había excitado su curiosidad pero sin sa-

tisfacerla, Aubrey les comunicó a sus tutores que había llegado el instante de realizar un viaje. Durante muchas generaciones se lo consideró necesario para que la juventud trepara rápidamente por las escaleras del vicio, igualándose con las personas maduras, por lo cual no parecerían angelitos caídos del cielo cuando se mencionara ante ellos intrigas escandalosas, como temas de placer, con distinto grado de perversión.

Los tutores aceptaron y de inmediato Aubrey le contó sus intenciones a Lord Ruthven, sorprendiéndose agradablemente cuando este lo invitó a viajar en su compañía.

Orgulloso de esta prueba de afecto por parte de una persona que aparentemente no tenía nada en común con los demás mortales, el muchacho aceptó encantado. Unos días más tarde, ya habían atravesado el Canal de la Mancha.

Aubrey no había tenido nunca hasta entonces la oportunidad de estudiar a fondo el carácter de su compañero de viaje. De pronto descubrió que, aunque gran parte de sus acciones eran totalmente visibles, los resultados mostraban unas conclusiones muy diferentes, de acuerdo con los motivos de su comportamiento.

Su compañero era muy liberal con el dinero: los vagos, los ociosos y los pordioseros recibían de su mano más limosna de la necesaria para aliviar sus necesidades más perentorias. Aubrey observó también que Lord Ruthven jamás aliviaba las desdichas de los virtuosos, reducidos a la indigencia por la mala suerte, a los cuales despedía sin contemplaciones e incluso con burlas. Cada vez que alguien acudía a él no para remediar sus necesidades sino para poder hundirse en la lujuria o en las más tremendas iniquidades, Lord Ruthven jamás negaba su ayuda.

Aubrey atribuía esta nota de su carácter a la mayor insistencia de los viciosos, que generalmente son mucho más molestos e inoportunos que el desdichado y el virtuoso indigente.

Una circunstancia quedó muy grabada en la mente del joven en relación con las obras solidarias del lord: todos aquellos a quienes ayudaba Lord Ruthven inevitablemente veían caer una maldición sobre ellos, pues eran llevados al cadalso o se hundían en la miseria más abyecta.

Tanto en Bruselas como en otras ciudades por las que pasaron, Aubrey se asombró ante la aparente avidez con que su acompañante bus-

caba los centros donde anidaban los mayores vicios. Solía entrar en los garitos de los puertos, donde apostaba, y siempre con fortuna, salvo cuando un canalla era su antagonista. En esas ocasiones era cuando perdía más de lo que había ganado antes. Pero siempre conservaba la misma expresión pétrea, imperturbable, con la que generalmente contemplaba a la sociedad que lo rodeaba.

Sin embargo, cuando el noble se tropezaba con la novicia juvenil o con un padre infortunado de una familia numerosa, no sucedía lo mismo. En esos casos, su deseo parecía la ley de la fortuna; dejaba de lado su abstracción, a la vez que sus ojos brillaban con más fuego que los del gato cuando juega con el ratón ya moribundo.

En todas las ciudades que recorría dejaba a la florida juventud que frecuentaba sus mismos círculos echando maldiciones, en la soledad de una fortaleza del destino que la había arrastrado hacia él, al alcance de aquel mortal enemigo.

Muchos padres se sentaban coléricos en medio de sus hambrientos hijos, sin un solo penique de su anterior fortuna, sin lo necesario siquiera para satisfacer sus más acuciantes necesidades. Sin embargo, cuanto ganaba en las mesas de juego lo perdía inmediatamente tras haber esquilado algunas grandes fortunas de personas inocentes.

Acaso este fuera el resultado de cierto grado de conocimiento capaz de combatir la destreza de los más experimentados.

A menudo Aubrey deseaba decirle todo esto a su amigo, suplicarle que abandonase esta caridad y estos placeres que causaban la ruina de los demás, sin producirle a él beneficio alguno. Sin embargo, postergaba esta súplica porque día tras día esperaba que su amigo le diera una oportunidad de poder hablarle con franqueza y sinceridad. Eso nunca ocurrió.

En su carruaje, y en medio de la naturaleza más lujuriosa y salvaje, Lord Ruthven siempre era el mismo: sus ojos hablaban menos que sus labios. Y aunque Aubrey se hallaba tan cerca del objeto de su curiosidad, no obtenía mayor satisfacción de este hecho. Solo la constante exaltación del vano deseo de desentrañar aquel misterio que en su excitada y febril imaginación empezaba a parecerle algo sobrenatural.

Pronto llegaron a Roma, y Aubrey perdió de vista a su compañero por algún tiempo, dejándolo en la cotidiana compañía del círculo de

amistades de una condesa italiana, mientras él visitaba los monumentos de la ciudad casi desierta.

Cuando se hallaba ocupado con estos recorridos, llegaron varias cartas de Inglaterra, que abrió con impaciencia. La primera era de su hermana, que le daba las mayores seguridades de su cariño; las otras eran de sus tutores. La última lo dejó asombrado.

Si antes había pasado por su imaginación la posibilidad de que su compañero de viaje poseía algún malvado poder, aquella carta parecía reforzar tal creencia. Sus tutores insistían en que abandonase inmediatamente a su amigo. Lo urgían a hacerlo por la maldad de tal personaje, a causa de sus casi irresistibles poderes de seducción, que hacían sumamente peligrosos sus hábitos para con la sociedad en general.

Los tutores habían descubierto que su desdén hacia las adúlteras no tenía su origen en el odio a ellas, sino que había requerido, para aumentar su satisfacción personal, que las víctimas —los compañeros de la culpa— fuesen arrojadas desde el pináculo de la virtud inmaculada a los más hondos abismos de la infamia y la degradación. En resumen: todas aquellas damas a las que había buscado, aparentemente por sus virtudes, se habían quitado la máscara desde la partida de Lord Ruthven. No sentían ya el menor escrúpulo en exponer toda la deformidad de sus vicios a la vista del público.

Aubrey decidió de inmediato separarse de un personaje que todavía no le había mostrado ni un solo punto brillante en donde posar la mirada. Resolvió inventar un pretexto creíble para abandonarlo, y se propuso, mientras tanto, continuar vigilándolo estrechamente y no dejar pasar la menor circunstancia acusatoria. De este modo, penetró en el mismo círculo de amistades que Lord Ruthven, y no tardó en darse cuenta de que su amigo estaba dedicado a ocuparse de la inexperiencia de la hija de la dama cuya mansión frecuentaba más a menudo. En Italia, no es nada común que una mujer soltera frecuente los círculos sociales. Por eso, Lord Ruthven se veía obligado a llevar adelante sus planes en secreto. Pero la mirada de Aubrey lo siguió en todas sus tortuosidades, y pronto averiguó que la pareja había concertado una cita que sin duda iba a causar la ruina de una chica inocente e impulsiva.

Se presentó en el aposento de su amigo sin perder el tiempo y bruscamente le preguntó cuáles eran sus intenciones con respecto a la joven. Le manifestó también que estaba enterado de su cita para aquella misma noche.

Lord Ruthven contestó que sus intenciones eran las que podían suponerse en semejante menester. Y cuando el muchacho le preguntó si pensaba casarse con la muchacha, se echó a reír.

Aubrey se marchó, e inmediatamente redactó una nota en la que alegaba que desde aquel momento renunciaba a acompañar a Lord Ruthven durante el resto del viaje. Luego le pidió a su sirviente que buscara otra residencia, y fue a visitar a la madre de la joven, a la que informó de cuanto sabía, no solo respecto a su hija, sino también al carácter de Lord Ruthven.

La cita quedó cancelada. Al día siguiente, Lord Ruthven se limitó a enviar a su criado con una nota en la que se avenía a una completa separación, pero sin insinuar que sus planes hubieran quedado arruinados por la intromisión de Aubrey.

Al salir de Roma, el joven dirigió sus pasos a Grecia, y tras cruzar la península, llegó a Atenas.

Se alojó en la casa de un griego, y en poco tiempo se encontró sumamente ocupado en buscar muestras y testimonios de la antigua gloria en unos monumentos que, avergonzados al parecer de ser testigos mudos de las hazañas de los hombres que antes fueron libres para convertirse después en esclavos, se ocultaban debajo del polvo o de los líquenes enredados.

Se alojaba bajo su mismo techo un ser tan afable y bello que podía haber sido la modelo de un pintor que deseara llevar a la tela la esperanza prometida a los seguidores de Mahoma en el Paraíso. Excepto que sus ojos eran demasiado pícaros y vivaces, más aptos para pretender a un ser vivo que a un alma.

Cada vez que danzaba en la pradera o correteaba por el monte, parecía mucho más ágil y veloz que las gacelas, y también mucho más graciosa. Era, en resumen, el verdadero sueño de un epicúreo.

El delicado paso de Ianthe acompañaba a menudo a Aubrey en su búsqueda de antigüedad. Y a veces la inconsciente joven se empeñaba

en la persecución de una mariposa de Cachemira, mostrando la hermosura de sus formas al dejar flotar su túnica al viento, bajo la ávida mirada de Aubrey que, de ese modo distraído, olvidaba las letras que acababa de descifrar en una tablilla medio borrada.

Las trenzas de la muchacha relucían a los rayos del sol con un brillo sumamente delicado, cambiando con rapidez de matices. Eso puede haber sido la causa del olvido del joven anticuario, que dejaba huir de su mente el objeto que antes había creído de capital importancia para la debida interpretación de un pasaje de Pausanias. Sin embargo, ¿por qué intentar describir unos encantos que todo el mundo veía, mas nadie podía apreciar?

Se trataba de la inocencia, la juventud, la belleza, que no estaban aún contaminadas por los vicios de los salones, por las salas de baile mundanas.

Mientras el joven anotaba los recuerdos que deseaba conservar en su memoria para el futuro, la muchacha estaba a su alrededor, contemplando los mágicos efectos del lápiz que trazaba los paisajes de su tierra patria.

Entonces, ella le describía las danzas en la campiña, pintándose las con todos los colores de su juvenil paleta; las celebraciones matrimoniales que había visto en su niñez, y se refería a los temas que evidentemente más la habían impresionado, como los cuentos sobrenaturales de su nodriza.

Su afán y la sensación de que ella creía verazmente en lo que narraba excitaron el interés de Aubrey. A menudo, cuando ella contaba el cuento del vampiro vivo, que había pasado muchos años entre amigos y sus más queridos parientes alimentándose con la sangre de las doncellas más hermosas para prolongar su existencia unos meses, a Aubrey se le helaba la sangre en las venas, aunque intentaba reírse de aquellas horribles fantasías.

Sin embargo, Ianthe solía citarle nombres de algunos ancianos que habían contado entre sus contemporáneos, por lo menos, con un vampiro vivo. Ellos habían hallado a sus parientes cercanos y a algunos niños marcados con la señal del apetito del monstruo. Cuando la joven veía que Aubrey se mostraba incrédulo ante tales relatos, le rogaba que le creyese, puesto que la gente había observado que quienes se atrevían a negar la existencia del vampiro siempre obtenían alguna prueba que, con gran dolor y penosos castigos, los obligaba a reconocer su existencia.

Ianthe le detalló la aparición tradicional de aquellos monstruos, y el horror de Aubrey aumentó al escuchar una descripción casi exacta de Lord Ruthven.

A pesar de eso, el joven persistió en querer convencer a la joven griega de que sus temores no podían estar confirmados por hechos ciertos, si bien al mismo tiempo repasaba en su memoria todas las coincidencias que lo habían incitado a creer en los poderes sobrenaturales de Lord Ruthven.

Cada día Aubrey se sentía más ligado a Ianthe. Su inocencia, tan opuesta a las virtudes fingidas de las mujeres entre las que había buscado su idea del amor, había conquistado su corazón. Aunque le parecía ridícula la posibilidad de que un muchacho inglés, de buena familia y mejor educación, se casara con una joven griega, carente casi de cultura, lo cierto era que cada vez amaba más a la doncella que lo acompañaba constantemente.

En algunas ocasiones se separaba de ella, decidido a no volver a su lado hasta haber conseguido sus objetivos. Pero siempre le resultaba imposible concentrarse en las ruinas que lo rodeaban, con la imagen de la muchacha que lo era todo para él.

Ianthe no se percataba del amor que Aubrey experimentaba por ella y se seguía comportando con él como esa misma chiquilla casi infantil de los primeros días. Se veía obligada a separarse del joven con frecuencia. Eso se debía tan solo a no tener a nadie con quien visitar sus sitios favoritos; entre tanto, su acompañante se hallaba atareado dibujando o descubriendo algún fragmento que había escapado a la acción destructora del tiempo.

La muchacha apeló a sus padres para dar fe de la existencia de los vampiros. Y todos, con algunos individuos presentes, afirmaron su existencia, pálidos de horror ante aquel solo nombre.

Al tiempo, Aubrey decidió realizar una excursión que le llevaría varias horas. Cuando los padres de Ianthe supieron el nombre del lugar, le suplicaron que no regresase de noche, ya que necesariamente debería atravesar un bosque por el que ningún griego pasaba, por ningún motivo, luego del atardecer.

Describieron ese lugar como el paraje donde los vampiros celebraban sus orgías y bacanales nocturnas. Le aseguraron que sobre todo aquel que se atrevía a cruzar por aquel sitio recaían los peores males.

Aubrey no hizo caso de tales advertencias y se burló de los temores. Cuando vio que todos se estremecían por sus risas ante aquel poder infernal, cuyo solo nombre les helaba la sangre, acabó por callar y ponerse serio.

Aubrey salió de excursión, según había proyectado, a la mañana siguiente. Le sorprendió observar la melancólica cara de su huésped, preocupado asimismo al comprender que sus burlas de aquellos poderes hubiesen inspirado tal terror.

Estaba a punto de partir, cuando Ianthe se acercó al caballo que el joven montaba y le rogó que regresase pronto, pues era por la noche cuando aquellos seres malvados entraban en acción. Aubrey se lo prometió.

Tan ocupado estuvo en sus investigaciones que no se dio cuenta de que la luz del día iba dando fin a su reinado. En el horizonte aparecía una de aquellas manchas que en los países cálidos se convierten muy pronto en una masa de nubes tempestuosas, que vuelcan toda su furia sobre el desdichado país.

Finalmente, montó a caballo, decidido a recuperar el tiempo de su retraso. Pero ya era tarde. En los países del sur apenas existe el crepúsculo. Se oculta el sol inmediatamente y sobreviene la noche. Aubrey se había demorado con exceso. Tenía la tormenta encima, los truenos se sucedían uno tras otro sin respiro y el fuerte aguacero se abría paso por entre el espeso follaje. Mientras, un relámpago azul pareció caer a sus pies. El caballo se asustó de repente, y comenzó a galopar alocadamente por el bosque espeso. Una vez agotado de cansancio, el animal se detuvo. Entonces Aubrey descubrió a la luz de los relámpagos que estaba en la vecindad de una choza que apenas se destacaba por entre la hojarasca y la maleza que lo rodeaba.

Desmontó y se aproximó, cojeando, con el fin de encontrar a alguien que pudiera llevarlo a la ciudad, o al menos obtener asilo contra la furiosa tormenta.

Al estar cerca de la cabaña, los truenos, que habían callado un instante, le permitieron oír unos gritos femeninos, mezclados con risotadas de burla, todo como en un solo sonido. Aubrey quedó turbado. Mas, soliviantado por el trueno que retumbó en aquel momento empujó la puerta de la choza con un súbito esfuerzo.

Veía solo unas tinieblas densas, pero el sonido lo iba guiando. Parecía que nadie se había dado cuenta de su presencia, pues aunque llamó

a la puerta, continuaron los mismos sonidos sin que nadie reparase al parecer en él.

No tardó en tropezar con alguien, a quien apresó inmediatamente. De pronto, una voz volvió a gritar de manera ahogada, y al grito le siguió una carcajada. Aubrey se encontró poseído por una fuerza sobrehumana. Decidido a vender cara su vida, luchó, pero fue en vano. Fue levantado y arrojado de nuevo al suelo con una potencia enorme. Luego, su enemigo se le echó encima. Arrodillado sobre su pecho, le rodeó la garganta con las manos. De pronto, un resplandor de varias antorchas entrevistas por el agujero que hacía de ventana vino en su ayuda. Al momento, su rival se puso de pie y, separándose del joven, corrió hacia la puerta. Muy poco después, dejó de oírse hasta el crujido de las ramas caídas que fueron pisoteadas por el fugitivo.

Ya había cesado la tormenta. Aubrey, que era incapaz de moverse, gritó. Poco después lo oyeron los portadores de antorchas.

Ingresaron a la cabaña, y el resplandor de la resina quemada cayó sobre los muros de barro y el techo de bálago, totalmente lleno de mugre.

El joven los instó a buscar a la mujer que lo había atraído con sus gritos. Por lo tanto, volvió a quedarse en penumbras. Cuál fue su horror cuando de nuevo quedó iluminado por la luz de las antorchas, y pudo percibir la forma etérea de su amada convertida en un cadáver.

Cerró los ojos, esperando que todo fuese un producto espantoso de su imaginación. Pero volvió a ver la misma figura al abrirlos, y estaba tendida a su lado.

No había nada de color en sus mejillas, ni siquiera en sus labios, y en su semblante se veía una inmovilidad que resultaba casi tan atrayente como la vida que antes lo animara. Había sangre en el cuello y en el pecho de la joven. En su garganta se veían las marcas de los colmillos que se habían hincado en las venas.

—¡Un vampiro! ¡Un vampiro! —gritaron los miembros de la partida ante aquel espectáculo.

Rápidamente construyeron unas parihuelas, y Aubrey comenzó a caminar al lado de la que había sido el objeto de sus hermosas visiones, que ahora yacía muerta en la flor de su vida.

Aubrey tenía el cerebro tan ofuscado que no podía ni siquiera pensar. Quería refugiarse en el vacío. Casi sin darse cuenta, empuñaba en su mano

una daga de forma especial, que habían encontrado en la choza. El grupo no tardó en reunirse con más hombres, que habían sido enviados por la afligida madre para buscar a la joven desaparecida. Los exploradores, al aproximarse a la ciudad, advirtieron con gritos a los padres de la doncella que había sucedido una horrorosa catástrofe. Sería imposible describir su dolor. Cuando comprobaron la causa de la muerte de su hija, miraron a Aubrey y señalaron el cadáver. Estaban inconsolables, y más tarde ambos murieron de pesar.

Aubrey, en la cama, padeció una violentísima fiebre, con delirios. En esos momentos llamaba a Lord Ruthven y a Ianthe, mediante cierta combinación que le parecía una súplica a su antiguo compañero de viaje para que perdonase la vida de la doncella.

Otras veces lanzaba imprecaciones contra Lord Ruthven, y lo maldecía como asesino de la joven griega.

Lord Ruthven llegó por aquel entonces a Atenas de manera casual. Cuando se enteró del estado de su amigo, se presentó inmediatamente en su casa y se convirtió en su enfermero particular.

Apenas Aubrey se recuperó de la fiebre y los delirios, quedó horrorizado y petrificado ante la imagen de aquel a quien ahora consideraba un vampiro. Lord Ruthven, con sus palabras afectuosas y amables, que implicaban casi cierto arrepentimiento por la causa que había motivado su separación, sumadas a la ansiedad, las atenciones y los cuidados prodigados al muchacho enfermo, hicieron que Aubrey pronto se reconciliase con su presencia.

Lord Ruthven parecía cambiado. Ya no era el ser apático de antes, que tanto había asombrado a Aubrey. Pero tan pronto terminó la convalecencia del joven, su compañero volvió a ofrecer el mismo aspecto de antes, y Aubrey ya no distinguió la menor diferencia, salvo que a veces veía la mirada de Lord Ruthven fija en él, al mismo tiempo que una sonrisa maliciosa flotaba en sus labios. Sin saber por qué, aquella mueca le molestaba.

Durante la última etapa de su recuperación, Lord Ruthven pareció absorto en la contemplación de las olas que levantaba en el mar la brisa marina, o en señalar el progreso de los astros que, como el nuestro, dan vueltas en torno al Sol. Más que nada, parecía querer evitar todas las miradas ajenas.

Aubrey, como consecuencia de la desgracia sufrida, tenía su mente bastante debilitada, y la elasticidad de espíritu que antes era su característica más notable parecía haberlo abandonado para siempre.

Él no era tan amante del silencio y la soledad como Lord Ruthven, pero deseaba estar solo, algo que no lograba en Atenas. Si se dedicaba a explorar las ruinas de la antigüedad, el recuerdo de Ianthe a su lado lo atormentaba. Si recorría los bosques, el paso leve de la joven parecía corretear a su lado, en busca de una sencilla violeta. Repentinamente, esta visión se esfumaba, y en su lugar veía el rostro pálido y la garganta herida de la joven, con una tímida sonrisa en los labios.

Decidió huir de esas visiones, que en su mente creaban un entramado de asociaciones amargas y sombrías. Entonces, le propuso a Lord Ruthven, a quien se sentía unido por los cuidados que aquel le había prodigado durante su enfermedad, visitar juntos aquellos rincones de Grecia que aún no habían visto.

Recorrieron la península en todas direcciones y buscaban cada rincón que pudiera estar unido a un recuerdo. Aunque exploraron todo, no vieron nada que llamase realmente su interés.

Por entonces se oía hablar mucho de bandas de ladrones, mas los dos viajeros gradualmente fueron olvidándose de ellas. Las atribuyeron a la imaginación popular o a la invención de algunos individuos que querían excitar la generosidad de aquellos a quienes fingían proteger de tales peligros.

Ignorando tales advertencias, en cierta ocasión viajaban con muy poca escolta, cuyos componentes más debían servirles de guía que de protección. Penetraron en un estrecho desfiladero, en el fondo del cual se hallaba el lecho de un torrente, lleno de grandes masas rocosas desprendidas de los altos acantilados que lo flanqueaban. Allí tendrían motivos para arrepentirse de su negligencia. Apenas se habían adentrado por un sendero sumamente angosto cuando se vieron sorprendidos por el silbido de las balas que pasaban muy cerca de sus cabezas, y las detonaciones de varias armas.

A los pocos instantes, la escolta los había abandonado. Se resguardaron detrás de las rocas y empezaron a disparar contra sus atacantes.

Aubrey y Lord Ruthven siguieron su ejemplo y se retiraron momentáneamente al amparo de un recodo del desfiladero. Se sentían avergon-

zados por asustarse tanto ante un vulgar enemigo, que con gritos insultantes los conminaba a seguir avanzando. Al mismo tiempo, estaban expuestos a una matanza segura si alguno de los ladrones se situaba más arriba de su posición y los atacaba por la espalda. Decidieron precipitarse al frente, en busca del enemigo...

No bien abandonaron el refugio rocoso, Lord Ruthven recibió en el hombro el impacto de una bala que lo derribó rodando al suelo. Aubrey acudió en su ayuda sin hacer caso del peligro a que se exponía, mas no tardó en verse rodeado por los malhechores, a la vez que los componentes de la escolta, al ver herido a Lord Ruthven, levantaron inmediatamente las manos en señal de rendición.

Con la promesa de grandes recompensas, Aubrey convenció a sus atacantes para que trasladasen a su herido amigo a una cabaña situada no lejos de allí. Una vez que concertaron el rescate a pagar, los ladrones no los molestaron y se contentaron con vigilar la entrada de la cabaña hasta el regreso de uno de ellos, que debía percibir la suma prometida gracias a una orden firmada por el joven.

Rápidamente decayó la energía de Lord Ruthven. Dos días más tarde, la muerte pareció ya inminente. No había cambiado ni su comportamiento ni su aspecto y parecía indiferente al dolor y a todo lo que lo rodeaba. Cuando promediaba el tercer día, su mente pareció extraviarse, y su mirada se fijó insistentemente en Aubrey, que se sintió impulsado a ofrecerle ayuda más que nunca.

—Puedes salvarme... Puedes hacer aún mucho más... Y no me refiero a mi vida, pues le temo tan poco a la muerte como al término del día. Pero puedes salvar mi honor. Sí, podrías salvar el honor de tu amigo.

—Dime cómo —asintió Aubrey—, y lo haré.

—Pues es muy sencillo. Yo necesito muy poco... Mi vida necesita espacio... Oh, no puedo explicarlo todo... Pero si callas lo que sabes de mí, mi honor se verá libre de las murmuraciones del mundo. Si mi muerte es por algún tiempo desconocida en Inglaterra, yo... yo... ah, viviré.

—Nadie va a saberlo.

—¡Júralo! —exigió el moribundo, incorporándose con gran violencia—. ¡Júralo por las almas de tus antepasados, por todos los temores de

la naturaleza, jura que durante un año y un día no le contarás a nadie mis crímenes ni mi muerte! ¡Pase lo que pase, veas lo que veas!

Los ojos del moribundo parecían querer salirse de sus órbitas.

—¡Te lo juro! —exclamó Aubrey.

Lord Ruthven se dejó caer sobre la almohada, lanzó una carcajada y expiró.

Aubrey se retiró a descansar, pero no logró conciliar el sueño. Su mente daba vueltas y más vueltas sobre los detalles de su amistad con tan extraño ser. Sin saber por qué, cuando recordaba el juramento que le había prestado, se sentía invadido por un frío extraño, con el presentimiento de una desgracia inminente.

Se levantó muy temprano. Iba ya a entrar en la cabaña donde había dejado el cadáver, pero uno de los ladrones le avisó que ya no estaba allí, pues él y sus camaradas lo habían transportado a la cima de la montaña. Esa era la promesa hecha al difunto, le habían dicho que lo dejarían expuesto al primer rayo de luna después de su muerte.

Aubrey quedó perplejo ante esa información. Decidió ir, junto con varias personas, al sitio donde habían dejado a Lord Ruthven, para enterrarlo debidamente. Sin embargo, una vez en la cumbre de la montaña, no encontró rastro del cadáver ni de sus ropas, aunque los ladrones juraron que era aquel el lugar en que habían depositado el muerto.

Durante algún tiempo su mente se perdió en diversas conjeturas. Finalmente, decidió descender de nuevo, convencido de que los ladrones habían enterrado el cadáver tras despojarlo de sus vestiduras.

Harto de un país en el que solo había sufrido tremendos horrores, y en el que todo conspiraba para fortalecer aquella superstición melancólica que se había adueñado de su mente, resolvió abandonarlo y llegar a Esmirna.

Mientras esperaba un barco que lo llevara a Otranto o a Nápoles, se ocupó en acomodar los efectos que tenía consigo y que habían pertenecido a Lord Ruthven. Halló un estuche que contenía varias armas, más o menos adecuadas para asegurar la muerte de una víctima. Dentro había varias dagas y sables.

Enorme fue su sorpresa cuando, mientras examinaba esos objetos de curiosas formas, encontró una vaina decorada en el mismo estilo que la

daga hallada en la choza fatal. Aubrey se estremeció. Para conseguir nuevas pruebas, buscó la daga. Su horror llegó a su culminación al ratificar que la hoja se adaptaba a la vaina, pese a su peculiar forma.

No eran ya necesarias más pruebas. Sus ojos parecían adheridos a la daga, pese a lo cual todavía se resistía a creerlo. Sin embargo, aquella forma especial, los mismos relucientes adornos del mango y la vaina no dejaban el menor resquicio para la duda. Además, sendos objetos mostraban gotas de sangre.

Partió de Esmirna y, cuando llegó a Roma, sus primeras investigaciones fueron sobre la joven que él había intentado arrancar de las garras seductoras de Lord Ruthven. Sus padres se hallaban desconsolados, totalmente arruinados: a la joven no se la había vuelto a ver desde la salida de la capital de Lord Ruthven.

Aubrey estuvo a punto de enloquecer ante tal cúmulo de horrores, temiendo que la joven también hubiese sido víctima del mismo asesino de Ianthe. El joven se volvió más callado y taciturno. Su principal ocupación consistió ya en apresurar a sus postillones, como si tuviese necesidad de salvar a un ser muy amado.

Arribó a Calais, y una brisa que parecía dócil frente a sus deseos no tardó en dejarlo en las costas de Inglaterra. Se apresuró hacia la mansión de sus padres y allí, por un momento, pareció perder, gracias a los besos y abrazos de su hermana, todas las rémoras del pasado. Si antes, con sus infantiles caricias, ya había conquistado el afecto de su hermano, ahora que empezaba a ser mujer, él la quería todavía más.

La señorita Aubrey no era dueña de esa gracia que atrae las miradas y el aplauso en las reuniones y fiestas. No mostraba el ingenio ligero y mundano que solo existe en los salones. Jamás se iluminaban con ironías o sarcasmos sus ojos azules. De su persona emanaba un halo de encanto melancólico que no se debía a ninguna desdicha sino a un sentimiento interior. Eso parecía indicar un alma consciente de un reino más brillante.

No tenía el paso delicado que atrae como la gracia de la mariposa, como un color grato a la vista. Su paso era, en cambio, sosegado y pensativo. Cuando estaba sola, su semblante jamás se deleitaba con una sonrisa de alegría. Ante el afecto de su hermano, y cuando olvidaba en su

presencia los pesares que le impedían el descanso, ¿quién no habría cambiado una sonrisa por tanta dicha?

Parecía que tanto los ojos de la joven como su rostro entero jugaban a la luz de su esfera propia. Sin embargo, la muchacha solo tenía dieciocho años, por lo que no había sido presentada en sociedad todavía. Habían considerado los tutores que ese acto debía demorarse hasta que su hermano regresara del continente. En ese momento, él se constituiría en su protector.

En consecuencia, resolvieron que darían una fiesta con el fin de que ella apareciese «en escena». Aubrey habría preferido estar apartado de todo bullicio, alimentándose con la melancolía que lo agobiaba. No sentía ningún interés por las frivolidades de personas desconocidas, pero se mostró dispuesto a sacrificar su comodidad y sus deseos para beneficiar a su hermana.

De esta manera, no tardaron en llegar a su casa de la Capital, a fin de disponerlo todo para el día siguiente, el elegido para la fiesta.

Concurrió a la fiesta una multitud desmedida. Fue un acontecimiento de los que no se habían dado en mucho tiempo, donde todo el mundo estaba ansioso por dejarse ver.

Aubrey apareció con su hermana. Más tarde, solo en un rincón, mirando a su alrededor con muy poco interés, pensó abstraídamente que la primera vez que había visto a Lord Ruthven había sido en aquel mismo salón. De pronto sintió que lo tomaban por el brazo, mientras que en sus oídos resonaba una voz que recordaba demasiado bien.

—Acuérdate del juramento.

Apenas tuvo valor para darse vuelta, ya que tenía miedo de ver a un espectro que podría destruirlo. Distinguió, no muy lejos, a la misma figura que había atraído su atención cuando, a su vez, él había sido presentado en sociedad.

Examinó a aquella figura fijamente, hasta que sus piernas casi se negaron a sostener el peso de su cuerpo. Tomando a un amigo del brazo, subió a su carruaje y le ordenó al cochero que lo llevase a su casa de campo.

Apenas llegó allí, empezó a pasearse agitadamente, con la cabeza entre las manos, como si temiera que sus pensamientos le estallaran en el cerebro.

Lord Ruthven había vuelto a presentarse ante él... Y todos los detalles se encadenaron súbitamente ante sus ojos: la daga..., la vaina..., la víctima..., su juramento.

¡No era posible, se dijo muy alterado, no era posible que un muerto resucitara!

Era imposible que se tratase de un ser real. Decidió frecuentar de nuevo el mundillo social. Necesitaba aclarar sus dudas. Noche tras noche, comenzó a recorrer diversos salones, siempre con el nombre de Lord Ruthven en sus labios. Sin embargo, nada averiguó.

Una semana más tarde, acudió con su hermana a una fiesta en la mansión de unas nuevas amistades. Dejándola bajo la protección de la anfitriona, Aubrey se retiró a un rincón y allí dio rienda suelta a sus pensamientos.

Cuando al fin vio que los invitados comenzaban a retirarse, entró en el salón y encontró a su hermana rodeada de varios caballeros. Parecían conversar animadamente. El joven intentó abrirse paso para reunirse con su hermana, cuando uno de los presentes, al darse vuelta, le mostró un rostro con aquellas facciones que tanto aborrecía.

Aubrey dio un salto, tomó a su hermana del brazo y la arrastró hacia la calle, atolondradamente. El camino estaba obstruido por la multitud de criados que aguardaban a sus respectivos amos. Mientras trataba de superar aquella barrera humana, la conocida y fatídica voz repitió sus palabras al oído:

—¡Acuérdate del juramento!

Ni siquiera se atrevió a girar. Siempre arrastrando a su hermana, llegó a su casa.

Aubrey empezó a dar señales de desequilibrio mental. Si antes su mente había estado solo ocupada con un tema, ahora estaba totalmente absorta en él. Ya tenía la certidumbre de que el monstruo seguía vivo.

Ya no le dedicaba atención a su hermana, y fue inútil que ella tratara de arrancarle la verdad acerca de tan extraña conducta. Aubrey se limitaba a mascullar palabras casi incoherentes, que aterraban aún más a la muchacha.

Cuanto más Aubrey meditaba en ello, más se trastornaba. Su juramento lo abrumaba. ¿Debía permitir, pues, que aquel monstruo rondase

por el mundo, en medio de tantos seres queridos, sin delatar sus intenciones? Hasta su misma hermana había hablado con él. Aunque quebrantase su juramento y revelase las verdaderas intenciones de Lord Ruthven, ¿quién iba a creerle? Consideró la posibilidad de liberar el mundo de tan cruel enemigo con sus propias manos. Recordó, sin embargo, que la muerte no afectaba al monstruo. Durante días permaneció en tal estado, encerrado en su habitación, sin ver a nadie. Comía solo cuando su hermana lo apremiaba a ello, con lágrimas en los ojos.

Al fin, como no pudo soportar por más tiempo el silencio y la soledad, salió de la casa para rondar de calle en calle, ansioso por descubrir la imagen que tanto lo acosaba. Su aspecto distaba mucho de ser atildado. Usaba las mismas ropas tanto al feroz sol del mediodía como a la humedad de la noche. Finalmente, nadie pudo ya reconocer en él al antiguo Aubrey. Mientras que al principio regresaba todas las noches a su casa, pronto comenzó a tenderse a descansar allí donde la fatiga lo vencía.

Angustiada por su salud, su hermana empleó a algunas personas para que lo siguiesen. El joven supo alejarlas, puesto que huía de un perseguidor más veloz: su propio pensamiento.

La conducta de Aubrey, no obstante, cambió de pronto. Sobresaltado ante la idea de que estaba abandonando a sus amigos, dejándolos con un feroz enemigo entre ellos y sin que tuvieran el menor conocimiento de su presencia, decidió entrar de nuevo en sociedad. Quería vigilarlo estrechamente, y ansiaba advertir, a pesar de su juramento, a todos aquellos a quienes Lord Ruthven demostrase cierta amistad.

Pero cuando entró en un salón, su aspecto miserable, su barba de varios días resultaron tan sorprendentes, sus estremecimientos interiores tan visibles, que su hermana se vio obligada a suplicarle que se abstuviese, por el bien de ambos, de cultivar una sociedad que lo afectaba de manera tan extraña.

Esta súplica resultó vana y los tutores creyeron su deber interponerse. Temían que el joven tuviera trastornado el cerebro y pensaron que había llegado el momento de recobrar ante él la autoridad delegada por sus difuntos padres.

A fin de precaverle de las heridas mentales y de los sufrimientos físicos que padecía a diario en sus vagabundeos, e impedir que se expu-

siera a los ojos de sus amistades con las inequívocas señales de su trastorno, acudieron a un médico para que residiera en la mansión y cuidase de Aubrey.

El muchacho apenas pareció darse cuenta, tan completamente absorta estaba su mente en el otro asunto. Su incoherencia acabó por ser tan grande que se vio confinado a su dormitorio. Pasaba los días allí, tendido en la cama, incapaz de levantarse.

Su rostro se volvió demacrado y sus pupilas adquirieron un brillo vidrioso; solo mostraba cierto reconocimiento y afecto cuando entraba su hermana a visitarlo. Por momentos se sobresaltaba, y la tomaba de las manos, con unas miradas que afligían intensamente a la joven. Deseaba que el monstruo no la hubiese tocado ni rozado siquiera.

—¡Oh, mi querida hermana querida, no lo toques! ¡Si de veras me quieres, no te acerques a él!

Cuando ella le preguntaba a quién se refería, Aubrey se limitaba a mascullar:

—¡Es verdad, es verdad!

Y se hundía en su abatimiento anterior, del que su hermana no lograba ya arrancarlo.

Esta situación duró muchos meses. Pero, gradualmente, en el transcurso de aquel año, sus incoherencias fueron menos frecuentes, y su cerebro se aclaró bastante. Mientras tanto, sus tutores observaban que varias veces diarias contaba con los dedos cierto número, y luego sonreía.

Cuando llegó el último día del año, uno de los tutores entró en el dormitorio y empezó a conversar con el médico respecto a la melancolía del muchacho, precisamente cuando al día siguiente debía casarse su hermana.

Aubrey se mostró alerta de inmediato, y preguntó, con angustia, con quién iba a contraer matrimonio. Encantados de aquella demostración de cordura, de la que le creían privado, mencionaron el nombre del conde de Marsden.

Aubrey creyó que se trataba del joven conde al que él había conocido en una fiesta de sociedad y pareció complacido. Más aún, asombró a sus oyentes al expresar su intención de asistir a la boda y su deseo de ver cuanto antes a su hermana.

Pese a que ellos se negaron a este anhelo, su hermana no tardó en hallarse a su lado. Aubrey, al parecer, no fue capaz de verse afectado por el influjo de la encantadora sonrisa de la muchacha, puesto que la abrazó, la besó en las mejillas, bañadas en lágrimas por la propia joven al pensar que su hermano volvía a estar en el mundo de los cuerdos.

Aubrey empezó a expresarle su afecto cálidamente y a felicitarla por casarse con una persona tan distinguida. De repente, se fijó en un medallón que ella lucía sobre el pecho. Cual no sería su estupor al abrirlo y descubrir en él las facciones del monstruo que tanto y tan funestamente había influido en su existencia.

En un ataque de furor, tomó el medallón y, arrojándolo al suelo, lo pisoteó. Cuando ella le preguntó por qué había destruido el retrato de su futuro esposo, Aubrey la miró como sin comprender. Después, sujetándola de las manos, y mirándola con una frenética expresión de espanto, procuró obligarla a jurar que jamás se casaría con semejante monstruo, ya que él...

No pudo continuar. Era como si su propia voz le recordase el juramento prestado, y al girar en redondo, pensando que Lord Ruthven se hallaba detrás de él, no vio a nadie.

Los tutores y el médico, que todo lo habían oído, pensaron que la locura había vuelto a apoderarse de aquel pobre cerebro, entraron y lo obligaron a separarse de su hermana.

Aubrey se arrodilló ante ellos, suplicándoles que postergasen la boda un solo día. Pero ellos, que atribuyeron ese pedido a la locura que se imaginaban devoraba su mente, intentaron calmarlo y lo dejaron solo.

Lord Ruthven había visitado la mansión a la mañana siguiente de la fiesta, y le había sido negada la entrada como a todo el mundo. Cuando se enteró de la enfermedad de Aubrey, comprendió que era él la causa inmediata de la perturbación. Cuando le confirmaron que el joven estaba loco, no pudo disimular su júbilo ante quienes le dieron esta noticia.

Fue corriendo a casa de su antiguo compañero de viaje, y con sus constantes cuidados, fingiendo un gran interés por su hermano y por su triste destino, gradualmente fue conquistando el corazón de la señorita Aubrey.

¿Quién hubiera podido resistirse a aquel poder? Lord Ruthven hablaba de los peligros que lo habían rodeado siempre, del escaso cariño que él había hallado en el mundo, excepto por parte de la joven con la que conversaba. ¡Ah, desde que la conocía, su existencia había empezado a parecer digna de algún valor, aunque solo fuese por la atención que ella le prestaba! En fin, supo utilizar con tanto arte sus astutas mañas, o tal fue la voluntad del Destino, que Lord Ruthven conquistó el amor de la hermana de Aubrey.

Por el título de una rama de su familia, obtuvo una embajada importante, nombramiento que le sirvió de excusa para apresurar la boda (pese al trastorno mental del hermano), de modo que esta tendría lugar al día siguiente, antes de su partida para el continente.

Una vez lejos del médico y el tutor, Aubrey trató de sobornar a los criados, pero en vano. Pidió pluma y papel, que le entregaron, y escribió una carta a su hermana. La conjuraba —si en algo apreciaba su felicidad, su honor y el de quienes yacían en sus tumbas, que la habían tenido en brazos como su esperanza y la esperanza del buen nombre familiar— a posponer solo por unas horas aquella boda, sobre la cual vertía sus más terribles maldiciones.

Los criados prometieron entregar la misiva, pero antes se la dieron al médico. Este prefirió no alterar a la señorita Aubrey con lo que, consideraba, era solamente el delirio de un demente.

La jornada fue pasando sin descanso para ninguno de los ocupantes de la casa. Y Aubrey percibió con horror los rumores de los preparativos para el casamiento.

Llegó la mañana, y oyó el ruido de los carruajes al ponerse en marcha. Aubrey se puso frenético. La curiosidad de los sirvientes superó, al fin, a su vigilancia. Y de a poco todos se alejaron de sus puestos para ver partir a la novia, dejando a Aubrey al cuidado de una indefensa anciana.

El joven aprovechó la oportunidad. Saltó afuera de la habitación y no tardó en presentarse en el salón donde todo el mundo se había reunido para la marcha. Lord Ruthven fue el primero en divisarlo, e inmediatamente se le acercó, asiéndolo del brazo con inusitada fuerza para sacarlo de la estancia, temblando de rabia.

Cuando estuvieron en la escalinata, le susurró al oído:

—Acuérdate del juramento. Sabrás que si hoy no es mi esposa, tu hermana quedará deshonrada. ¡Las mujeres son tan frágiles...!

Mientras decía esto, lo empujó hacia los criados que, alertados ya por la anciana, lo estaban buscando. Aubrey no pudo soportarlo más: no encontró salida a su furor, por lo cual se le rompió un vaso sanguíneo y tuvo que ser trasladado rápidamente a su cama.

El episodio no le fue mencionado a la hermana, que no estaba presente cuando aconteció, pues el médico temía causarle cualquier agitación.

La boda se celebró con toda solemnidad, y el novio y la novia abandonaron Londres.

Aubrey estaba cada vez más débil. La hemorragia de sangre le produjo los síntomas de la muerte próxima. Deseaba que llamaran a los tutores de su hermana, y cuando estos estuvieron presentes y sonaron las doce campanadas de la medianoche, instantes en que se cumplía el plazo impuesto a su silencio, relató de manera frenética cuanto había vivido y sufrido. Falleció inmediatamente después.

Tras escuchar la historia, los tutores se apresuraron a buscar a la pareja para proteger a la hermana de Aubrey, mas cuando llegaron ya era tarde. Lord Ruthven había desaparecido, y la joven había saciado la sed de sangre de un vampiro.